

## CAPÍTULO XIX

1849-1850

El gobierno de Inglaterra propone su mediación para terminar la guerra social.—La acepta el gobierno federal.—Observaciones del Sr. Barbachano.—Conferencia del superintendente de Belice con varios caudillos de la insurrección.—Pretensiones exageradas de éstos.—Salen de Mérida las Comisiones eclesiásticas.—Dificultades y anomalías que se presentan.—Poco éxito que obtiene la Comisión de los Chenes.—Se alcanzan mejores resultados en el Oriente.—En el Sur es asesinado un mensajero que llevaba pliegos á los indios.—Inútiles esfuerzos de los curas García y Vela para atraerse á los caudillos más prominentes de los sublevados.—Se desiste de todo arreglo, y se promueve con nuevo ardor la campaña.

Ya hemos hecho notar, en uno de los capítulos anteriores, que desde el momento en que Cecilio Chi y Jacinto Pat desaparecieron de la escena, se introdujo un verdadero desconcierto en el campo de los sublevados. Cada uno de los capitancillos que había militado antes bajo las órdenes de aquellos jefes, quería ahora reemplazarlos. Nuestras tropas supieron al principio aprovechar hábilmente esta situación para dar un impulso extraordinario á la campaña. Las excursiones se multiplicaron, y como era muy poca ó ninguna la resistencia que encontraban, su trabajo se reducía ordinariamente á recoger las familias que erraban por los bosques y á cosechar las sementeras de que tenían noticia. Entre estas expediciones, de que nos sería imposible hacer siquiera una mención individual, se señalaron especialmente por sus resultados las que practicaron en el Sur el coronel Pren y el teniente coronel Navelo; en el Oriente, el mayor D. Andrés Romero, y en los

—( 267 )—

Chenes, el teniente coronel D. Pedro Alcocer y el primer ayudante D. Romualdo Baqueiro.

Otra expedición importante que se practicó por aquella época fué la que salió de Sabán el 16 de octubre á las órdenes del coronel D. Pablo Antonio González. La fuerza fué hostilizada desde sus primeros pasos por las hordas de bárbaros que aun permanecían alrededor de aquella población; pero dispersadas después de una ligera escaramuza, la columna se encontró pocas horas después con otra sección del enemigo, que se dirigía á Sabán á las órdenes de José María Barrera. Trabóse inmediatamente un combate, en el cual salieron vencedoras nuestras fuerzas, quitando al enemigo 45 armas de fuego y una buena porción de víveres. Barrera se escapó, internándose en el bosque y abandonando en el campo de batalla su caballo y su machete. González continuó en seguida su marcha, y no se detuvo hasta Tabi, antigua residencia de Jacinto Pat. Allí le informaron que varios indios habían tomado el camino de Chichanjá, llevando consigo cinco mil pesos en plata para comprar pólvora á los ingleses; y aunque destacó en su persecución una fuerza de 100 hombres, no pudo darles alcance con motivo de la lluvia. La fuerza hizo, sin embargo, varios prisioneros, entre los cuales se encontraron dos hijas del referido Pat. Igual resultado obtuvo el coronel González en los demás lugares que recorrió durante su expedición, y el 21 entró en Tihosuco, conduciendo un botín abundante y un número muy crecido de sublevados y familias que había aprehendido ó que se le habían presentado (1).

Muchas otras expediciones se verificaron en seguida de la que acabamos de referir, y en vista del efecto que en todas se obtenía, el general en jefe de nuestras fuerzas tomó la resolución de avanzar algunos cantones, con el

(1) *Boletín oficial*, número 77.



objeto de ir reduciendo cada vez más el campo en que pudieran moverse los sublevados. Entre Tihosuco y Valladolid se establecieron los de Cituk y Donot-Rivero; al sur de Peto, los de Xcobil, Kancabchén y Picapica; en el partido de Tekax, el de Becanchén, y en los Chenes, los de Itúrbide y Dibalchén. Las guaridas de los bárbaros comenzaron desde este momento á ser visitadas con mayor frecuencia, y con un éxito cada vez más importante para las armas del gobierno.

En medio de la desesperación á que se hallaban reducidos los indios por la constante persecución de nuestras fuerzas, un suceso inesperado vino á hacerles vislumbrar un rayo de esperanza. Jacinto Pat, algunos meses antes de ser asesinado, se había puesto en contacto con un misionero protestante llamado Juan Kindan, con el objeto de solicitar la mediación inglesa para poner un término á la guerra de bárbaros. El misionero habló del proyecto al coronel Fancourt, superintendente de Belice, y éste se lo comunicó á su Gobierno. S. M. B. no se desdeñó de interponer sus buenos oficios, y su ministro en México, mister Doyle, no tardó en recibir instrucciones para proponer la indicada mediación al gobierno mexicano. El presidente de la república y su Gabinete se precipitaron á aceptarla, no obstante que reconocía por base la cesión de una parte del territorio nacional á los indios sublevados y el reconocimiento de su independencia.

El gobernador Barbachano se llenó de asombro cuando recibió una nota del ministerio de Relaciones, en que se le comunicaba esta resolución, y á la cual se le acompañaba un pliego del encargado de negocios de S. M. B., para que lo hiciese llegar á manos del superintendente de Belice. El Sr. Barbachano sometió el asunto á la decisión de la Legislatura, y después de varias dudas y vacilaciones, se convino en hacer una representación al gobierno federal sobre la inconveniencia de aceptar la mediación inglesa bajo

las bases que se proponían. Hizosele comprender en este documento que el territorio que se cediese á los sublevados para que se gobernasen con entera independencia del gobierno del Estado y de la Federación, no tardaría en acrecer á la colonia de Belice y en convertirse, por consiguiente, en territorio británico. Para que no le quedase ninguna duda sobre este peligro, se le acompañó una nota de los cabecillas Florentino Chan y Venancio Pec, dirigida al Sr. Barbachano, en que, al rehusar el indulto con que brindó á los sublevados el decreto de 24 de septiembre, de que ya hemos hecho mención, decían expresamente que no lo aceptaban porque había comenzado á ampararlos y á hacerles muchos beneficios el gobierno de los señores ingleses, *con cuyo motivo les había nacido la voluntad de obedecer sus mandatos* (2). El gobierno de Yucatán concluía su nota al ministerio de Relaciones pidiéndole instrucciones terminantes sobre el asunto de la mediación, porque no quería comprometer su responsabilidad en un paso de tan grave transcendencia.

Esta nota produjo muchos de los efectos que se había prometido el Sr. Barbachano; porque el gobierno federal hizo saber entonces al ministro de S. M. B., Mr. Doyle, que la mediación inglesa que había aceptado para poner término á la guerra de castas en Yucatán, era en el concepto de que ni los indios ni el territorio que se les concediese pudieran en ningún caso quedar independientes, sino sujetos siempre á las autoridades mexicanas y formando parte de la república (3). En el mismo sentido se comunicaron en seguida al gobernador Barbachano las instrucciones que había pedido, aunque contenían otras cláusulas que no se

(2) La nota de Florentino Chan y de Venancio Pec, así como otras varias relativas á la mediación inglesa de que se habla en el texto, pueden verse en el *Ensayo histórico*, de BAQUEIRO, tomo II, apéndice.

(3) Así lo aseguró el presidente Herrera en el discurso que pronunció al abrir las sesiones ordinarias del Congreso de la Unión el 1.º de enero de 1850.



acomodaron á las aspiraciones de este funcionario y á las del país en general, á juzgar por la vehemencia con que se explican contra ellas los documentos y periódicos de la época.

Entretanto, el superintendente de Belice, de quien había partido la iniciativa, estaba ya dando los pasos necesarios para llevar á cabo la mediación, conforme á las instrucciones que había recibido de Mr. Doyle. Con este objeto citó á los principales caudillos de los indios para una conferencia que debía verificarse el 15 de noviembre en la bahía de la Ascensión, y después de comunicar este paso al gobernador Barbachano, se presentó oportunamente en el lugar de la cita. No lo verificaron así los caudillos sublevados, con cuyo motivo el superintendente Fancourt tuvo necesidad de mandar al interior un mensajero que los citase de nuevo. Presentáronse al fin el 22, llevando por representante principal á Venancio Pec, y en la tarde del mismo día tuvo lugar la entrevista provocada por el superintendente, en la misma embarcación que le había servido para dirigirse á aquel lugar.

Después de algunos preliminares, comenzó el coronel Fancourt por informar á Pec que había ido allí, no sólo como amigo del gobierno mexicano, sino también como amigo de los indios, con la mira de terminar las diferencias que habían producido tanta efusión de sangre, y que deseaba averiguar en primer lugar la naturaleza de los daños verdaderos ó supuestos que los habían inducido á desconocer y resistir á las autoridades constituidas.

Los sublevados contestaron que el origen de la contienda era que las contribuciones que se obligaba á pagar á los indios, sobre ser demasiado onerosas, gravitaban sobre ellos de un modo desigual é injusto.

El superintendente les manifestó entonces que diferencias de esta clase habrían podido zanjarse pacíficamente, y en seguida les preguntó si se contentarían con que se les

asegurasen los mismos derechos que disfrutaba la población blanca. Contestaron que no tenían fe ninguna en las promesas del gobierno de Yucatán; que jamás éste les había cumplido lo ofrecido; que en cierta ocasión anterior tomaron las armas con objeto de auxiliar al gobierno de Mérida en la lucha que sostenía contra el gobierno supremo, y que entonces se les hicieron promesas que poco tiempo después fueron violadas.

El mediador inglés hizo presente que estaba cierto de que se observaría estrictamente cualquier tratado que se celebrase bajo la mediación amistosa de la Gran Bretaña. A lo cual respondieron los indios que no temían tanto al gobierno central cuanto á las autoridades subalternas, quienes nunca obedecían las órdenes que recibían; y como una prueba de esta aserción, expusieron que, no obstante las que había dado el gobierno de Yucatán á efecto de que durante la guerra se respetasen las vidas de las mujeres y niños, poco ó ningún caso habían hecho de dichas órdenes los alcaldes y las autoridades militares. Y finalmente, declararon que ningún arreglo les sería satisfactorio, siempre que no se les asegurase un gobierno independiente; que deseaban se les dejase una parte del país, *tirándose una línea desde Bacalar, hacia el Norte, hasta el golfo de México*, y quedar libres del pago de contribuciones al gobierno del Estado. Añadieron que por su parte no harían objeción ninguna á que los blancos residiesen dentro del territorio que pretendían obtener; pero que nunca consentirían en que éstos ejerciesen autoridad en el lugar en que residieran.

A todas estas pretensiones replicó el coronel Fancourt que creía que el gobierno mexicano no concedería á los sublevados ningún derecho de soberanía, ni les permitiría sustraerse de su obediencia; que sólo creía que se hallaba dispuesto á concederles cierta parte de territorio que podrían ocupar separadamente, y que acaso no sería improbable que se les concediese tener su gobierno local. A pro-



pósito de esto, el superintendente preguntó á sus huéspedes de qué manera se proponían gobernar el territorio cuya cesión solicitaban. Estos respondieron que sabían muy bien que no podían gobernarse por sí mismos; *pero que querían que el gobernador de Belice fuese igualmente gobernador de ellos*. Por halagadora que fuese esta manifestación al mediador inglés, él replicó que el gobierno de México se hallaba en relaciones amistosas con la reina de la Gran Bretaña, y que S. M. no podría prestar su apoyo á semejante proyecto. Venancio Pec dijo entonces, así á nombre de los indios presentes como de los ausentes, según se expresó en aquel acto, que si se consideraba demasiada la extensión del territorio pedido por ellos, se contentarían con que se redujese; pero que si no habían de poder disfrutar de la parte que se les demarcara, libres del dominio ó intervención del gobierno general, emigrarían todos y cada uno al establecimiento británico de Honduras.

Las manifestaciones terminantes de los indios, contrarias precisamente á las bases que había señalado el gobierno mexicano, debieron haber hecho emprender al coronel Fancourt que había abortado por completo la mediación en que se había empeñado. Pero no queriendo abandonar el proyecto desde sus primeros pasos, prometió á Venancio Pec y socios que escribiría al gobernador Barbachano para darle cuenta de lo que acababa de pasar, y que al mismo tiempo le excitaría á mandar dos comisionados á Belice para seguir tratando del asunto de la mediación, siempre que los indios consintieran en mandar también los suyos. Estos prometieron enviarlos tan luego como recibiesen el aviso respectivo, y entonces el superintendente, vuelto á Belice, puso al gobernador de Yucatán una nota, en conformidad con la promesa hecha á los sublevados (4).

(4) Don JUSTO SIERRA publicó en el número 90 de *El Fénix* un extracto de esta nota, del cual hemos copiado casi literalmente la relación que acaba de leerse en el texto.

A reserva de hablar más adelante del éxito final de este asunto, vamos á ocuparnos ahora de las Comisiones eclesiásticas, cuya salida de Mérida apresuró el Sr. Barbachano, con la halagüeña esperanza de que alcanzasen su objeto antes de que llegara á formalizarse la mediación inglesa. Pero las Comisiones iban á tropezar desde luego con una dificultad casi insuperable. Desde el momento en que llegaron á los cantones fronterizos, pretendieron que dejasen de salir las expediciones acostumbradas al campo enemigo, alegando que parecería muy extraño que al mismo tiempo que se brindaba á los sublevados con la oliva de la paz, en nombre del gobierno, los soldados los persiguiesen á sangre y fuego hasta sus últimas guaridas. Pero había dos motivos que obraban poderosamente en el ánimo de los jefes militares para no suspender estas expediciones.

En primer lugar, nuestras fuerzas carecían completamente de provisiones de boca en sus cuarteles, y se hacía necesario que saliesen á buscarlas periódicamente al campo de los sublevados, donde todavía solían encontrarse algunos depósitos de maíz y no pocas sementeras. En el resto de la Península—ya lo hemos dicho repetidas veces—la agricultura había estado tan abandonada en el espacio de dos años, que frecuentemente se habían visto obligados el gobierno y el comercio á traer víveres del Extranjero. Y era tal la miseria que reinaba en los cantones, que los soldados salían á expedicionar ordinariamente sin llevar consigo un solo pedazo de pan, y no comían hasta el momento en que tropezaban con algún rancho de indios ó con una milpa. Hacer cesar, en consecuencia, estas expediciones, equivalía á matar de hambre á nuestro valiente y sufrido ejército.

Pero la causa que influía principalmente en el ánimo de los hombres pensadores, para oponerse á la pretensión de los comisionados eclesiásticos, era que aquellos momentos eran los menos oportunos para suspender las hostilidades.



El éxito constante que nuestras fuerzas estaban alcanzando en sus operaciones, dependía en gran parte del desconcierto en que habían entrado los sublevados desde la muerte de Cecilio Chi y Jacinto Pat. Un instante de respiro que se les hubiese dado en aquellas circunstancias, habría bastado para que los capitancillos se pusieran de acuerdo en una entrevista ó por medio de embajadores. Una nueva organización habría venido en seguida bajo la dirección de los jefes que se nombraran, y éstos habrían tardado poco en volver á tomar la iniciativa con tanto ó mayor empuje que en los meses anteriores. Además, esa constante exacción de granos y cosecha de sementeras que nuestros soldados practicaban en sus excursiones, tenían el cruel objeto, aceptado en la guerra, de agotar sus víveres al enemigo, para obligarle por medio del hambre á rendirse ó presentarse. Y si se suspendían las expediciones por algunos días, se daba á los indios el tiempo necesario para recoger sus cosechas y sepultar su producto en las cuevas ó en las espesuras más intrincadas del bosque.

Los indios comprendieron perfectamente el partido que podían sacar del armisticio propuesto por las Comisiones, y no se descuidaron de solicitarlo por su parte cuando se les presentó la oportunidad. En cuanto al gobierno, luego que se hizo cargo de las contradicciones, de las dificultades y peligros que acabamos de apuntar, tomó una medida que al parecer conciliaba todos los extremos; pero que en realidad era impracticable. Dispuso que continuaran saliendo expediciones; pero con el solo objeto de proporcionarse víveres para el sustento de las tropas, y no con el de hostilizar á los indios, á menos que éstos tomaran la iniciativa. Los comisionados eclesiásticos debían incorporarse á estas expediciones para proporcionarles la oportunidad de conferenciar con los sublevados en sus mismos aduares y entregarles personalmente los ejemplares que llevaban consigo del decreto de amnistía. Hemos calificado

de impracticable esta medida, porque en el remoto caso de que nuestros soldados se hallaran dispuestos á cumplirla estrictamente, los indios habrían acabado por sobreponérseles. Pero á pesar de la repugnancia con que fué recibida en algunos cantones, fué obedecida hasta donde era posible, y los comisionados empezaron á salir con las expediciones para iniciar sus trabajos.

A los Chenes llegaron en los momentos en que el enemigo acababa de sorprender el nuevo cantón de Chunchintok, haciendo correr á su corta guarnición, que se vió obligada á abandonar varios cadáveres en el campo. Entonces los padres Fr. Florencio Cerón y José Inés Castro, que formaban parte de la Comisión de aquella zona, se incorporaron á las fuerzas del coronel Trujillo, que, en virtud de la orden de avanzar los cantones, se dirigían á establecer el de Itúrbide. Desde este momento comenzó á contrariarse la resolución de no atacar á los indios; porque habiéndoseles hallado atrincherados en el camino, fué necesario batirlos para poder pasar. Pero una vez en Itúrbide, el coronel Trujillo dió la orden de no atacar á los pequeños grupos que solían ponerse á la vista, y aun mandó colocar banderas blancas en las avanzadas con el objeto de provocar su presentación. Nada consiguió con estas demostraciones, y entonces los comisionados empezaron á salir con las partidas que diariamente se despachaban para las inmediaciones. Pero como los bárbaros huían á su vista, los mencionados sacerdotes tomaron la determinación de dejarles en sus trincheras cartas en que les daban cuenta de su misión y ejemplares del decreto de amnistía (5). De esta manera se consiguieron algunas presentaciones individuales; pero en cuanto á los principales caudillos, que tenían una influencia decisiva en aquella comarca, apenas hubo algunos que se atreviesen á contestar las cartas de los comisio-

(5) *Boletín oficial*, número 103.